

José María ESQUERDO Y ZARAGOZA
LOCOS QUE NO LO PARECEN (1880):¹

Conferencia pronunciada en el Anfiteatro grande de la Facultad de Medicina (Colegio de San Carlos) a invitación del Ateneo de internos por el Dr. Sr. Esquerdo medico del Hospital general, el día 12 de Marzo de 1880, según las notas tomadas por los taquígrafos del sistema Garriga, señores de D. Luis Martorell y D. Joaquín Marsillach.



Señores: tras larga ausencia impuesta por el cumplimiento de sacratísimos deberes, vuelvo al seno de esta ilustre Sociedad en bien desventajosa situación. Por un lado, cohiben mi entendimiento circunstancias que los más conocéis y los menos habréis de presumir; por otro, traba mi lengua la depresión de fuerzas consiguientes a un doloroso padecimiento que me ha tenido en cama hasta pocas horas ha, y que sólo he abandonado en testimonio de la consideración, aprecio y alta estima en que tengo a todos los socios de esta entusiasta Corporación y a cuantos me dispensáis la altísima hora de escucharme; pero que ya lo sabéis, cualesquiera que sean las circunstancias que me rodeen, soy siempre el mismo hombre, como siempre vengo animado de los mismos sentimientos, fortalecido por las mismas convicciones y alentado por los mismos novísimos propósitos: los redención del loco ante la opinión pública, y su irresponsabilidad positiva, real, no ilusoria ante los tribunales. (*Aplausos*).

No podéis, señores, imaginaros en que ocasión tan preciosa para mi alma me invitasteis a dar esta conferencia: yo sentía entonces la pesadumbre y amargura que

¹ ESQUERDO, J. M. (1880), Locos que no lo parecen, *el Anfiteatro Anatómico Español* (31.03.1880), 8 (173), 69-72. (corresponde al año XX y nº 801 del *Pabellón Médico*)

experimenta el hombre de convicciones robustas cuando ve menospreciadas sus doctrinas; doctrinas que ha aprendido en la observación directa, que ha fortalecido con la lectura de las obras clásicas, y que se ven hoy consagradas por la universidad del sufragio; doctrinas, en fin, que tras larga evolución han llegado a formar parte íntima de su propio ser, y constituyen el decálogo de la frenopatía moderna.

Pues bien, señores: yo sabía, no lo he olvidado jamás, que la humildad del origen es la causa del menosprecio, en tanto que la notoriedad de la evidencia propia de dichas opiniones no llegue a imponerla, y consiguientemente que bastaban fuesen más para desestimárselas; pero si la doctrina es mía, porque la sustento desde años ha (el 69), no ha de tenerse hoy como tal en el sentido de que sólo yo la profeso, porque las defienden los mentalistas más notables de todos los países y la prestan su aquiescencia los hombres pensadores de todos los pueblos que se han ocupado de la razón humana, y, dicho sea de paso, aunque incurra en repetición, su base está tomada del natural, *observación del loco*, apoyada por el buen sentido, y fue siempre dogma de los autores de todos los países y edades, que escribieron de Psicología sin presumir de psicólogos, porque en cuanto a éstos, no solamente rehusaron nuestra doctrina, sino que borrarón el cuadro de nuestros caracteres psíquicos, arrojando en el grabado del entendimiento humano, par emborronar sus rasgos más salientes, la herrumbre de sus vanas y fantásticas lucubraciones. (*Grandes aplausos*).

Me consuela el considerar que vuestra invitación y la calurosa ovación con la que me habéis recibido son una especie de desagravio, no ha mi humilde personalidad, sino al médico frenópata que en la cátedra y en la clínica, en la conversación familiar y en el foro defiende las mismas doctrinas, que de hoy en adelante tendrán un nuevo título, un nuevo encanto para mí; vuestra sanción.

Es buen procedimiento de estrategia, cuando el enemigo ocupa una gran extensión, cuando está encastillado en diferentes reductos y tiene gran superioridad numérica, ir atacándole parcialmente, combatiéndole sucesivamente, y por fin, asediarse en esos reductos incomunicarle dejándole en el aislamiento.

No nos importa nuestra inferioridad ni nuestra insignificancia: resultados que no obtienen los más poderosos agentes, los alcanza por su modo de obrar otros que al parecer no gozan de gran potencia; y en vano dirigirían certeros y potentes fuegos contra el peñón de Gibraltar los cañones Armstrong: aquel peñasco no se desgajaría bien sabéis, señores que la gota de agua infiltrada por imperceptible hendedura en el interior de la roca la hace estrellar. Difundamos nuestras doctrinas hasta hacer participar de ellas a la opinión pública; que los médicos todos la sustenten con lucidez y energía, y procuremos sobre todo que un rayo de luz frenopático se inicie por las rendijas del entendimiento humano hasta penetrar en la conciencia del recto magistrado, y estallará hasta sepultarse en el olvido la formidable obra de siglos de oscurantismo, que aprisionado la irresponsabilidad del enajenado, tanto y tanto la constriñen, que acaso, y sin acaso, no alcanza a los que más han de menester de esa irresponsabilidad. (*Muestras de aprobación*)

¿Qué enajenados necesitan más inmediatamente de nuestros escritos y de nuestras palabras? Aquellos que se confunden con los cuerdos: procuremos limpiar de errores la opinión de los comprofesores nuestros, por otro concepto muy ilustrados médicos; que también en los techos de regios alcázares suele haber telarañas: disipemos las dudas de la opinión pública, e informemos por fin, ilustrando la conciencia de los magistrados; y terminada esta obra, la revolución esta hecha.

Entre los enajenados que se confunden con los cuerdos, figuran en primer termino los imbéciles, los monomaniacos, homicidas, suicidas, homosuicida; el cleptomaniaco, o que tiene la monomanía del robo; el piromanía, o que tiene la monomanía del incendio; el monomaniaco genésico; todas las ya determinadas y otras que no han recibido nombre en la ciencia, y de las cuales me ocuparé después: por fin, señores, todas las locuras epilépticas o histéricas; los periodos de invasión y remisión de la parálisis progresiva, los seudolúcidos de las locuras intermitentes y hasta los prodrómicos de toda enajenación mental.

¡Qué de lamentables preocupaciones no hay acerca del imbécil! El imbécil en el sentido frenopático, el imbécil tal cual lo estudiamos y clasificamos nosotros, el imbécil, en una palabra, que confina con el cuerdo, y que sólo un defecto de organización, un grado de insuficiencia le separa del hombre responsable; ese imbécil no tiene síntomas somáticos, síntomas físicos perceptibles a simple vista; no presenta al exterior defectos de organización que acusen de golpe la imperfección de su inteligencia y de sus afectos. No os llamará la atención lo deforme de su cabeza, de su cara, de su columna vertebral, de su pecho ni de sus extremidades; si algo tiene deforme en su hábito exterior, este algo es un grado más de imbecilidad, se asemeja y acerca al idiota: no, el imbécil no es un ser deforme, raro, contrahecho, feo y hasta desabrido como un empleado de la vicaria. (*Risas*). No tiene ningún de estos caracteres que señalan a primera vista la monstruosidad. Se parece completamente al cuerdo; pero si por la inspección penetráis en su mente, allí observareis el desarrollo insuficiente, enteco, de su inteligencia; la talla escasa y raquítica de sus sentimientos e instintos; falta de armonía entre las facultades intelectuales ya afectivas, la desproporción dominando como carácter gráfico de estos seres que no alcanzan el nivel normal del hombre.

El imbécil —y estas no son solas opiniones mías, si que también de los mentalistas contemporáneos— tienen las mismas facultades perceptivas que los demás hombres. A excitación de los agentes exteriores, reacciona, piensa, quiere, aborrece, recuerda, olvida, prevé; tiene, como los demás hombres sus sentimientos o instinto, con la única diferencia de que la mayoría resultan de bajo nivel, de menguado desarrollo; es, en fin, un hombre de escasa talla intelectual, de menguada estatura afectiva: tanto es así, que en la página 332 del *Fabre* podréis leer que estos seres son vengativos, mangnos, lujuriosos, suspicaces, embusteros, etc.; y Seguin afirma que

gozan de las mismas facultades mentales que los demás hombres, con la diferencia que están faltos de sinergia y de espontaneidad.

Más, todavía señores: el imbécil no es, como se ha dicho, totalmente desprovisto de sentimientos, instintos e inteligencia; la imbecilidad no es total, absoluta, como han dado en sustentar.

¿Cómo, en dónde, cuándo han visto imbéciles de esa índole; en qué manicomio los han observado; qué casos extramaniacos pueden presentarme; en que obra los han leído, cuando no ya los recientes, que van separando la imbecilidad intelectual de la afectiva, reconociendo hechos de grados diferentes en cada una de ellas, cuando ya el mismo Esquirol se ocupa de la imbecilidad parcial? ¿Es que en medicina cabe inventar; es que aquí ha de atestigüarse invocando hechos falsos; es que cabe reproducir en nuestra severa ciencia el motivo racional de la fábula; es que en el secreto de nuestra conciencia podemos fundar un aserto en una mera imaginación, copiando la frase puesta en boca de una poetisa que en cierta comedia, ignorando una cosa, sale del paso diciendo: «pues bien, no lo sé...lo inventaré!» (*Risas.*) En ciencia no sale así del paso; es preciso observar, comprobar; es preciso meditar, pensar porfiadamente; y después de haber pensado y meditado mucho, exponer con temor de equivocarse, no dar como cierto lo dudoso, como observado lo meramente presumido, y de esa suerte se logra sellar con el contraste de la moralidad nuestras convicciones, haciéndolas valederas para los demás, y cuando no, tendrán para sí propio la estimación de su conciencia. (*Aplausos.*)

Que la imbecilidad, señores, no es total, que cabe en los imbéciles hasta el desarrollo privilegiado de alguna facultad intelectual, no lo digo yo, lo dice todo el mundo, desde el imbécil mismo hasta el hombre de la más excelsa inteligencia. Pues qué, ¿no es opinión común que la memoria es el talento de los tontos y que significa tontería, si no imbecilidad? Pues que, ¿no habéis oído a más de un hombre de envidiable memoria lamentarse de lo escaso de ésta, con cuyos lamentos arrullan su amor propio, convencidos de que la memoria y el talento tiene un desarrollo antitético en la mente humana? Pues qué, ¿no habéis oído o leído un discurso de nuestro insigne orador Castelar, en que había alarde de su portentosa memoria, con cuya afirmación pretendía rebajar la talla de su colosal entendimiento? Si así no fuera, ¿cómo concebir tan vana presunción en el titán de nuestra tribuna? y dicho tribuna española, sin hipérbole se supone europea, universal, divina, porque si Dios pretendiera hablar en nuestros días, eligiera nuestra hermosa lengua y tomara carne y huesos en el cuerpo de uno de nuestros oradores parlamentarios. (*Grandes aplausos.*)

¿Queréis hechos que deongan a favor de esta opinión? Pues os la voy a citar. Cuentan de un imbécil de tan portentosa memoria que se sabía el Almanaque. Refiérase de otro imbécil que conocía todos los nombres de algunas letras del diccionario inglés de memoria. D. Luis Martínez Leganés, mi venerado decano; D. José Palomino, distinguido médico del Hospital General, si la memoria no me es infiel, y el

que tiene la honra de dirigiros la palabra, reconocieron un empleado de la Biblioteca del Escorial, dotado de una memoria portentísima, y sin embargo era imbécil.

Si se abriese una información para que los profesores de instrucción primaria, los catedráticos del instituto y aun los de facultad mayor, presentaran ejemplares notables de memoria, de seguro que hallaríamos alguno que otro imbécil.

Yo, por mi, se deciros que he tenido un discípulo imbécil que había llegado a estudiar segundo año de derecho. El insigne Trelat cita otro estudiante imbécil que traducía las mejores obras del latín sin necesidad de Diccionario. Que hay empleados imbéciles todo el mundo lo sabe (*Aplausos*): no debe extrañaros, señores, porque para firmar la nómina no se necesita un gran talento; basta con recordar cierto día del mes. (*Risas*.)

No sólo ofrecen los imbéciles excepcionalmente la memoria muy desarrollada, sino que a veces presentan órganos predominantes, como el del cálculo, de cuyo ejemplo cita Moreau a los hermanos Mondeux, quienes, ofreciendo portentoso desarrollo de dicha facultad, jamás pudieron aprovecharla a los fines de la vida; y esto se explica por incapacidad de los demás órganos, que no se prestaban a transportarla allí donde pudiera ejercitarse y dar utilidad; como ocurría con un atleta que estuviese parapléjico: en vano gozaría de sus grandes fuerzas musculares en los brazos, teniendo paralíticas las piernas, si para hacerse útil esa su gran fuerza de los miembros torácicos tuviera que trasladarse a distancias mayores o menores. El eminente Baillager cita de un hábil constructor de violines tan nulo y pacato en todo lo demás, que cuando de su pueblo se trasladaba a París, distante de aquel unas horas, se hacía acompañar de su mujer para cobrar y emplear el importe en diferentes cosas, pues desconocía el valor de la moneda.

Es, más, señores: ¿a que extrañarse de estos ejemplos? Si aquí hay algún filarmónico, que me dispense, pues así lo atestiguan autores respetables: Mozart era imbécil; y si yo no creyera inferirle ofensa, citaría otro músico notable contemporáneo nuestro que es imbécil.

Seguramente vosotros no extrañaríais que multiplicase las citas de este genero, pero sí os condoleríais con ello y me tacharíais de pesado innecesariamente, siendo así que el criterio de analogía ilustra de tal suerte el asunto que no deja al ánimo la menor duda. Los enanos y los gigantes representan los extremos de la talla física, como los imbéciles y los genios son las estaturas extremas en el sentido mental: que aquellos ofrecen desigualdades, faltas de proporción, lo sabe todo el mundo; que estas organizaciones son defectuosas en el sentido armónico, nadie lo ignora: el enano es comúnmente de cabeza exigua, pequeña y deforme como un membrillo (*Risas*), o por el contrario, de cabeza abultada aplanada o prominente, de frente hundida o insolentemente descarada, porque avanza sobre la cara un kilometro, en una palabra, es una cabeza espaciosa y grande como una tienda de ultramarinos (*Risas*); su pecho hundido o corcovado, angosto, estrecho o cilíndrico, que parece una lombriz; sus

piernas cortas como las manos de un almirez; en fin, ¿a que recargar más el cuadro? Examinad el conjunto y advertiréis que salta a primera vista la deformidad.

Los gigantes (perdóneme los buenos mozos) también presentan estas deformidades; la desproporción se hace notar desde luego: el uno, a pesar de su estatura, tiene la cabeza tan pequeña como esta campanilla y como ella termina en punta; un hombro un piso más alto que el otro (*Risas*); ya son estrechos de pecho o cargados de espalda. Pero, ¿a qué molestarnos más? La naturaleza cuando se va hacia los extremos, pierde el tipo, el orden, la regularidad. Sobre esta materia ya otras mil nos podría dar lecciones un eminentísimo catedrático que nos está oyendo y que seguramente apoyará con su autoridad mis asertos.

Lo mismo, señores, que ocurre en el orden físico, para entendernos mejor, pasa en el orden intelectual y afectivo: las organizaciones extremas abundan en desigualdades, en desproporciones; los imbéciles presentan algunos sentimientos, instintos o facultades intelectuales sobresalientes, otras extremadamente rudimentarias; el nivel medio de ellas ha de tomarse de la suma que ofrecen la mayoría de facultades: los hombres notables en artes, que son los gigantes en su género, presentan también algunos eminentemente desenvueltos, esplendientemente desarrollados, al lado de otros muy deficientes: los hombres grandes, hasta los más insignes varones en la esfera del saber (y cuidado que aquí ya se necesita mayor suma de capacidades para brillar), también presentan alguno que otro órgano liliputiense. Por esto se ha dicho que ningún hombre grande lo es para su ayuda de cámara. Los admiradores de las celebridades no ven más que aquellos órganos sobresalientes, mientras que el ayuda de cámara ve los grandes órganos y los pequeños, y acaso se fije preferentemente en estos porque le modifican más: no en vano se ha dicho también que no hay hombre grande sin pero, comparándole en esto con la mujer hermosa.

Creo haber demostrado, invocando el criterio de la experiencia, el de la autoridad y el de la analogía, que lo de imbecilidad total es una mera invención, o cuando más una entrega de novela médica.

Y ya que hablamos de talla, de la talla mental, de la talla intelectual y afectiva, talla tan difícil de medir, ¿por qué no dos palabras acerca de este extremo interesantísimo?

Todos los códigos penales², al menos los que yo conozco, consagran algún artí-

² En el plan de mi conferencia entraba el robustecer con citas de nuestro código penal y de los de otras naciones la doctrina que me propuse defender; pero ni mi estado me lo hubiera consentido, ni aquel público ilustradísimo, y en su mayoría fogoso, ardiente y hasta santamente apasionado por la irresponsabilidad real, no irrisoria, del imbécil y del loco, hubiese soportado tantas citas, ni yo creí conveniente entretener la atención de concurso tan numeroso con datos prolijos. Mas tratándose de una nota que podrá leer el que a esta altura cuente con paciencia bastante como para proseguir, o dejar de hacerlo el que se haya cansado ya, entiendo que me es lícito adicionar el texto de la conferencia, y no lo han de llevar a mal ni los que me dispensaron la honra de escucharme ni los que tengan a bien leerla.

Nuestro código penal del año 1870 dice:

«Art. 8º No delinquen, y en consecuencia están exentos de responsabilidad: 1º el imbécil o el loco a no ser que éste haya obrado en un intervalo de razón. 2º el menor de nueve años. 3º el mayor de nueve y el menor de quince, a no ser que haya obrado con discernimiento.

El tribunal hará declaración expresa sobre este punto, para imponerle pena o declararlo irresponsable».

Código portugués:

«Art. 23 No pueden ser criminales: (...) 2º los menores de siete años. 3º los mayores de siete y menores de catorce, cuando practican un hecho sin el necesario discernimiento».

Código italiano:

«Art. 88: No se impondrá pena al menor de catorce años que hubiere obrado sin discernimiento».

Código napolitano:

«Art. 64: Estarán exentos de toda pena los menores de nueve años; lo estarán también los menores de catorce años cumplidos, cuando se decida que han obrado sin discernimiento».

Código bávaro:

«Art. 120: Serán particularmente exentos de toda pena los menores de ocho años».

Código belga:

«Art. 72: Será absuelto el acusado o prevaricado que no haya cumplido diez y seis años, si se decide que ha obrado sin discernimiento».

Código brasileño:

«Art. 10: Tampoco serán castigados como criminales: 1º los menores de catorce años».

Código prusiano:

«Art. 42: Cuando el acusado no haya cumplido diez y seis años, si se declara que ha obrado sin discernimiento, será absuelto, y la sentencia decidirá si debe ser entregado a su familia o colocado en un establecimiento de reforma (*Besse rungrans tott*)».

Código sueco:

«Cap. 5º: La acción será exenta del castigo si ha sido ejecutada por un menor de quince años cumplidos».

Código francés:

«Art. 66: Cuando el acusado sea menor de diez y seis años será absuelto, si se declara que ha obrado sin discernimiento; pero, según las circunstancias, será entregado a sus parientes o conducido a una casa de corrección, en la que permanecerá durante el tiempo que se le señale en la sentencia, y que nunca podrá exceder de la época en que cumpla veinte años de edad».

Código austríaco:

«Art. 2º: Ninguna acción u omisión constituye delito: (...) 4º cuando el autor del hecho no haya cumplido todavía catorce años de edad».

Nótese a primera vista que los legisladores de todos los países han comprendido como nosotros que no delinque el niño que por defecto de edad tiene incompletamente desarrollada su razón: fundándonos en el mismo principio, esto es, *desarrollo incompleto*, pedimos la irresponsabilidad del imbécil propiamente tal; no del idiota, y menos del autómatas, que sobre cometer rarísima vez los atentados que nos ocupan, apenas se concibe que fueran objeto de duda, no ya por los muy ilustrados jueces que constituyen nuestros tribunales ordinarios, si que tampoco por ese vulgo ignorante y aún malvado, sea la que fuere la clase social a que pertenece, que tanto un hecho de los reputados criminales no concibe otra idea ni tiene otros sentimientos que los de venganza y crueldad.

Igualmente se advierte en el contenido de esos artículos una propensión a disminuir la responsabilidad, y por consiguiente la pena, en aquellos casos en que habiendo el niño traspuesto los límites de la irresponsabilidad, no ha llegado todavía a la completa responsabilidad. Inspiráronse sin duda en iguales razones los mentalistas, que a la manera como la Ley reconoce una edad *intermedia* entre el niño y el

culo a la irresponsabilidad del niño: fúndanse, sin duda, en lo imperfecto del desarrollo cerebral por defecto de edad.

El niño es un ser imperfecto en el sentido de su capacidad mental; el imbécil lo es igualmente, mas no ya por la edad, sino por deformidad: compárase el desarrollo de la inteligencia y de los sentimientos de un niño a la edad de nueve años con el de un imbécil, y a primera vista salta una diferencia en favor del niño: su atención, su facultad de conocer, su memoria, su reflexión, etc... Su cultura intelectual, el niño sabe leer, escribir y contar bien; gramática, geografía, historia; tiene nociones de moral, de religión; en una palabra, cualquier niño a esa edad es intelectualmente superior a un imbécil.

En el sentido moral, el niño aventaja todavía más al imbécil; ama a sus padres, quiere a sus amigos y tiene a veces gran estimación de sí mismo; la benevolencia, la fe, la maravillosidad, la justicia, etc., están bastante desarrolladas: por regla general, las facultades cohibitivas tienen un desenvolvimiento proporcional o superior a las impulsivas; por estas razones orgánicas el niño comete menos atentados que el imbécil. ¡Y sin embargo, cuando la experiencia de todos los días nos demuestra que en el imbécil no sólo son de desarrollo insuficiente los sentimientos e instintos cohibitivos, sino que algunos ni siquiera están bosquejados, el niño es irresponsable *juris et de jure*, y el imbécil se le escatima la irresponsabilidad, al extremo de que resulte ilusoria!.

El imbécil es un niño con las pasiones violentas, potentes del hombre; brioso para acometer, débil para resistir; empuje y contención originarios inmediata y exclusivamente de su organismo; y sin embargo de esa fatalidad que preside sus actos, no logra siquiera una atenuación de la pena, ya que no se le reconoce, cual debiera, su irresponsabilidad. Para que el imbécil, el deforme mental, alcance la irresponsabilidad, ha de ser una monstruosidad humana, horrible, una acémila.

¡Qué contradicción! ¡Qué atentados contra la lógica! Parece, señores, que la enajenación mental extiende en torno suyo la irregularidad, la inconsecuencia, la aberración, cuando ha de decidirse de la utilidad o inutilidad de un sujeto para el servicio de las armas, ora se trate de un vicio de conformación, ora de un padecimiento accidental, se recurre al médico cuya autoridad se cree irreprochable: se trata de la oclusión de la libertad moral; por vicio de conformación (imbecilidad) o por dolencia accidental (locura) y entonces el médico es sospechoso y repudiado.

Para declarar útil a un quinto, el médico y sólo el médico es perito: para medirle tienen las Diputaciones sus talladores o peritos; el servicio de las armas se valúa en ocho mil reales; según la ley, éstos miden al quinto: si se levantase el Presidente de la Diputación a decir: «este sujeto tiene tal talla porque a mí me lo parece», sus compañeros de diputación, los mozos, el público y la opinión toda se indignaría y le pediría

hombre, en la escala de la razón humana han encontrado seres *intermedios* entre el deforme y el normalmente conformado, y piden para estos la atenuación del delito y la disminución de la pena.

los títulos de su pretendida competencia. Pues para medir la talla intelectual y afectiva de un ciudadano, para medir esa talla mental que se esconde en el interior de nuestra conformación cerebral, que radica allá en las profundas tenebrosidades de la conciencia, en donde sólo se logra ver y distinguir a fuerza de hábito y de observación, como logra distinguir en la oscuridad el cautivo encerrado en lóbrega mazmorra o el presidiario en oscuro calabozo; para ver en las tenebrosidades del entendimiento humano no se necesita estudiar, no se necesita observar, no se necesita hábito y costumbre de recoger hechos análogos o idénticos; nada, absolutamente nada: puede un simple particular o un particular simple (*risas y grandes aplausos*); que pudiera muy bien este individuo penetrar en el salón, y medir con sus ojos, que no ven; porque, señores, ¿a qué ir con ambajes? Nosotros los médicos, y sólo los médicos, y aún no todos tenemos esa aptitud; nosotros y sólo nosotros tenemos la medida, la marca de esa altura; y sin embargo llega aquel individuo, mide, o mejor dicho, aparenta medir, sale y dice al público: «¡útil!. ¡Útil para el patíbulo!» (*profunda sensación*) ¡Ah, señores! Esto me causa espanto; yo me estremezco de pavor. ¡Pobres imbéciles, cuya razón naufraga tan fácilmente! ¡Naves construidas para flotar en las tranquilas aguas de un estanque, que cuando salen a alta mar al menor soplo del vendaval naufragan, que al empuje del oleaje de las pasiones se vuelcan! ¿Qué será de vosotros, infortunados locos, buques de más alto porte que tenéis imperceptible hendedura en el casco, escondida abertura por donde penetra el agua, cómo ha de conocer la causa de vuestro naufragio el que a distancia os mira, el ignorante que os contempla?

Ya lo sabéis, médicos frenópatas, médicos todos que hayáis hecho algún estudio y tengáis alguna práctica en enfermedades mentales: después de tantos siglos de atesorar observaciones, después de tantos y tan porfiados trabajos, después de tantos, tan penosos y prolijos estudios, el saber que encierran esas nuestras obras clásicas, los progresos que llevan en sus columnas todas vuestras revistas y periódicos científicos, las observaciones que hayáis recogido en vuestra penosa carrera; todo, absolutamente todo es inútil; todo es desdeñosa e impávidamente arrojado por la ventana. (*Grandes y prolongados aplausos*) Si esos hombres preclaros, cuyos novilísimos (sic) títulos se ostentan en cada una de las obras que inmortalizaron su nombre, si se vieran de esa suerte menospreciados, rasgaran las hojas de sus libros y aventajaran sus propias cenizas; y vosotros, los que hoy ejercéis o mañana nos habréis de honrar con vuestro título, nada significa tan poco el saber médico probado, nada la experiencia adquirida a costa de largos años, nada el tino y tacto logrado a costa de grandes sacrificios; vuestro premio es el desdén, el menosprecio; pero no... Vuestra recompensa está más allá. (*Grandes y prolongados aplausos*).

Mas dejemos, señores, a un lado este asunto, y puesto que he de dar todavía algunas conferencias sobre el particular, permitidme que haga algunas meras indicaciones, interesantes, no ya a los que por insuficiencia cerebral dejan de alcanzar el nivel normal del hombre, origen de su responsabilidad, si que a los que habiendo conseguido ese grado de desenvolvimiento intelectual y afectivo, pierden accidentalmente su libertad moral.

Nada, señores, más chocante, nada más sorprendente, nada que hiera tanto la inteligencia del hombre pensador y que sobrecoja el corazón del hombre honrado, como la contemplación de algunos seres infortunados que, viviendo en los manicomios, os ofrecen todas las apariencias del hombre sano, del hombre responsable: visten como nosotros, como nosotros conversan; en la mesa, en el paseo, en la tertulia, en el pensar como en el sentir y en el ejecutar; en todo se acomodan a la vida de la razón, si no herís la exigua esfera de sus aberraciones. ¡Considerar que aquellos hombres están locos! ¡Qué pena! Y sin embargo, la verdad es que entre los enajenados, ningunos más difíciles de tratar, ningunos más difíciles de curar. Guislain, el más sabio y el más humanitariamente reformador de los médicos belgas, lo ha dicho. «El monomaniaco tiene la máscara y las apariencias todas del hombre cuerdo». De ahí, señores, la muy lamentable frecuencia con que se confunden estos desgraciados con los criminales, cuando realizan algunos de esos hechos que hacen estremecer la conciencia humana. Y no creáis que esa semejanza es superficial, no; aun profundizando todavía más, estudiando analíticamente su inteligencia, notaréis que cuentan detalladamente y cronológicamente bien los hechos y los interpretan con rectitud, los enlazan lógicamente, que siente y juzgan moralmente en la esfera de la mayoría de los afectos: más allá, un poco más allá, hay una pequeña región en donde todo es desvarío, todo desorden, todo locura: ese es el punto de su afección mental, la lesión que le presta su apellido. Ya comprenderéis que no poseyendo cierta ilustración frenopática, que no habiendo logrado cierta práctica, es fácil, a pesar de una y otra observación, estudiar a estos enfermos sin aperebirse de su dolencia mental de su monomanía.

Y crecen de pronto las dificultades cuando sobre lo exiguo y reducido de la lesión poseen los enfermos, como harto frecuentemente ocurre, el don del engaño, de la hipocresía, de la ocultación. No puedo en estos momentos separar de mi memoria de mi Establecimiento que había ingresado siendo Príncipe de la casa de Borbón, que había ido perdiendo sus grados a medida que mejoraba, y cuando llegó a sargento segundo de artillería, cuyo cargo alcanzó real y positivamente en el ejército, y que a más de esto regresó a la razón en el aminoramiento de su personalidad militar, ofrecía en sus palabras y en sus obras las apariencias de la locura, cuando se separaba de mi presencia o de los empleados de mi Establecimiento, volvía de nuevo a sus delirios de grandeza y de persecución. ¡Qué ejemplo tan elocuente para los profanos, conducirse en presencia mía con modestia y cortesía extremas, y a los pocos momentos, ausente yo, asegurar que era feld-mariscal de Austria, general de España, y quién sabe cuántos títulos más! Un distinguido ingeniero naval que visitaba a la sazón mi Establecimiento por tener en él un hermano queridísimo y no menos distinguido, pudiera daros cuenta de estas inconcebibles y voluntarias transiciones.

Contestadme con franqueza: ¿pueden estos enfermos ser diagnosticados por un profano? ¿no es verdad que se necesita algo más que un profano, un médico, y aun a veces no ya un médico consagrado a las enfermedades comunes, sino especialista, frenópata?

Mas imagináros que no se trata de una monomanía ambiciosa, religiosa, de persecuciones, etc.; es una monomanía que requiere, sobre todo al principio o en la edad última, de grandes estímulos para revelarse; al principio porque la enfermedad no alcanzó todavía gran desarrollo; en la senectud porque el empobrecimiento, la falta de vigor del cuerpo (si me permitís la palabra) no responde pronta y valientemente los mandatos del hombre enfermo. Tras de uno o varios atentados contra el pudor, es conducido a la cárcel nuestro sujeto; la disminución de los excitantes exteriores naturales, la carencia de bebidas alcohólicas y condimentos irritantes, el aislamiento, la contemplación de su vida carcelaria y la ausencia sobre todo del acicate que hacía saltar de su morboso erotismo, le sumen en una apacible atmósfera que acalla y recata su desenfrenada lascivia: su padecimiento está adormecido; una espesa capa de ceniza cubre el fuego que le devora: sometedle nuevamente al soplo de excitantes que aventen esas cenizas, y surgirá devoradora llama que envuelva y carbonice su libertad moral.

¿Es posible, señores, que un hombre desconocedor de nuestro juego funcional patológico, resuelva tan arduo problema? ¿Qué dignifican para él un teste morboso o de desarrollo gigante, un herpes del prepucio, un foco irritativo próximo, las granulaciones vaginales, los infartos de la matriz, los ascárides del recto, etc.? ¿Qué significa para él la debilidad mental del paciente? Pero ¿a qué molestarnos más? Si gran distancia separa los órganos genéricos, de la mente, alcanzar la razón, ¿cómo ha de ver las relaciones, proximidad e íntimas y recíprocas influenciaba de éstas sobre aquellas del profano? Aunque a decir verdad es muy vulgar la creencia de que los órganos sexuales y la razón están sometidos a un juego de bolsa, cuya alza y baja alternativas tienen ya su inscripción en el registro de las habilidades humanas. (*risas*)

Si la enfermedad genésica radica en un imbécil, débil esclavo al servicio de cruel negrero, entonces sólo los médicos frenópatas podrán aquilatar los grados de servidumbre y de responsabilidad moral que le resta a este desgraciado (*sensación*). El tiempo avanza, y yo me canso; quería hablaros de la gran predisposición que tienen los imbéciles a las monomanías, a las excitaciones maníacas y otros trastornos mentales; pero va a espirar la hora, y toda vez que he de ocuparme de esta materia en otras conferencias, permitidme que me contente por ahora en referir algunos hechos interesantes a mi tesis, que forman una variedad de monomanías todavía no clasificadas en la esencia, pero que ni son muy raras ni dejan de interesar a los magistrados.

Baillarger publicó en los Archivos clínicos de enfermedades mentales, la siguiente observación: Mr. X..., ya de edad avanzada, experimentó desde los primeros años de la pubertad, cuando iba al teatro, el deseo vehemente de saber todo lo que tenía relación con las actrices que había visto; hubiera querido averiguar el lugar del nacimiento, edad, costumbres, género de vida, etc. En la categoría sólo de los deseos vehementes, podrá en Francia ser rara esta observación; pero lo que es en España, y sobre todo en Madrid, no: aquí hay una caterva de danzantes que cuando ven una

suripanta no se contentan con todo eso; quisieran algo más; conocer hasta las partes más íntimas de su organización. (*Risas.*)

Decía, señores, que el enfermo citado por Baillarger sentía la necesidad de averiguar la historia de las actrices; mas tarde el deseo se trueca en idea dominante, fija, y se extiende a las mujeres bonitas, en lo cual no demostraba gran locura: altérase muy luego más su mente; ya para salir a la calle necesita que le acompañe una persona, y cuando se encuentra con una mujer bonita se lo pregunta al criado, quien le dice uniformemente en todos los casos: «no lo es», y el enfermo queda contento y prosigue tranquilo su camino. Baillarger es uno de los mentalistas más notables de Europa, Presidente de la Sociedad Médico-psicológica de París, en cuya notable obra didáctica abundan hechos análogos.

Por mi parte, podría citar otros de esta índole no menos notables, que, caso de extrema necesidad, quizá se prestaran a comparecer donde conviniera a la justicia humana; hechos que interesa divulgar, porque sin debida preparación, sin algo igual o análogo en nuestro entendimiento recogido anteriormente, lo recibimos con dudas, con recelo. Conservo en mi poder la nota de un médico militar, escrita de su puño y letra, redactada por él, y muy bien redactada, con un trastorno mental cuyo síntoma dominante era la acefalia o falta de cabeza. «Tras un período de excitación, dice, durante el cual me sentía impelido a realizar atentados contrarios a mi conciencia, después de una lucha porfiada y cruel, caí en el colapso, y bajo el peso de esta situación, surgió en mí la idea de que tenía hueca la cabeza; más tarde que estaba desprovisto totalmente de ella: luego he mirado con envidia a los demás, y hasta he sentido deseos de arrancársela: en esta calle, me decía, frente a la botica, hace poco he experimentado dicha impulsión».

Pasemos a las locuras transitorias: ya no es una enfermedad que con paciencia y observación podáis sorprender; acaso no se presente ya más: es una tromba que todo lo arrolla, sepulta o arranca de cuajo: el desgraciado enfermo se convierte en una máquina infernal, en un producto del Averno que incendia, destruye, hiere, mata, destroza el cadáver, magulla y esparce sus vísceras.

El hombre deja de ser hombre; es el genio de la muerte y de la destrucción que lleva tras sí el terror y el espanto.

¿Quién si no el médico es capaz de resolver la influencia que la epilepsia, la supresión de una hemorragia o la frenética pasión del erotismo genésico ha podido ejercer en estos autores de horrendos atentados?

Un honrado padre estaba trabajando en sus viñas; junto a él su esposa y otro hijo mayor; a poca distancia tres más pequeños: en medio del trabajo se ve sorprendido por un vértigo, levanta la azada, se dirige hacia su mujer y la descarga formidables golpes; mata a su hijo mayor; luego acomete con sin igual furia a los otros tres y los mutila despiadadamente; y todavía, señores, ¡yo me estremezco cuando pienso en

ello! todavía va buscando el magistrado en la herencia, en la posibilidad de gozar la herencia de su mujer y sus hijos, la causa moral de esta horrenda hecatombe. ¡Qué tortura, qué desgarrador tormento no experimentaría aquel padre, ya lúcido, al verse acusado de asesino de su mujer e hijos por heredarles! No lo olvidéis vosotros los que sois padres; imaginaos víctimas de una tan tremenda e inconcebible acusación. ¡La muerte, mil muertes serían preferibles a estos bárbaros y crueles tormentos! La humanidad debiera sentirse ultrajada en estas inquisitorias. (*Profunda sensación*).

Todos los países de Europa tienen sociedades protectoras de los animales, y sin embargo, al menos que yo sepa, el hombre, más necesitado de protección, el enajenado carece de sociedades no médicas que le amparen. Para impedir las vivisecciones, cuando acaso al corte del neurotomo surja la luz del pensamiento, se congregan los hombres en defensa del animal; y sin embargo, no nos asociamos los hombres para defender a nuestros semejantes de esos animales que le mutilan con sus vivisecciones. (*Aplausos*).

¡Oh, señores, qué horror! ¡Prohibir las vivisecciones fisiológicas, las vivisecciones orgánicas y no impedir con formales protestas, con gritos de indignación las vivisecciones psíquicas! ¡Proscribís los tormentos físicos para inquirir la verdad y aplicáis despiadados el tormento moral! ¡Los que a cada momento aparentáis estremeceros por leve vivisección en el cuerpo y protestáis de sagrado respeto al espíritu, abusáis torpemente de las vivisecciones morales, de la más horrible de las vivisecciones: la de la conciencia! (*Grandes aplausos*).

Para terminar, señores: ¿Existen todas esas formas mentales? Si existen, ¿son locos todos esos desgraciados que no lo parecen? Lo son: cuando informéis, cuando se os pida dictamen, darlo con arreglo a vuestra conciencia y a la ciencia que honradamente profesáis; y en los tiempos venideros, cuando del fondo de la posteridad surja la frenopatía, pidiéndonos estrecha cuenta de nuestros actos y nos diga: ¿qué hicisteis de aquellos infelices sujetos a vuestra observación, fiados a vuestro dictamen? Contestad: nosotros cubrimos su cuerpo con el augusto purpúreo manto de la irresponsabilidad; otros rasgaron sus vestiduras; otros aherrojaron sus miembros con la cadena del presidiario; otros desgarraron sus carnes; otros entregaron sus cabezas a la segur del verdugo. (*Grandes y prolongadísimos aplausos*).

